

¿SOLZHENITSYN ANTIMODERNO?
LA DEMOCRACIA DE
LOS PEQUEÑOS ESPACIOS

Philippe Maxence

1. Introducción

Si en *Cómo reorganizar Rusia* Solzhenitsyn se interesa en primer lugar y especialmente por la situación rusa tras el derrumbe soviético, este pequeño ensayo contiene aspectos esenciales de su planteamiento y de su pensamiento político, enfrentado a la modernidad política, madre del comunismo, del socialismo y del liberalismo.

En 1989, cuando el Muro de Berlín es derribado y los pueblos de Europa del Este esclavizados renacen a la libertad, una cuestión se plantea inmediatamente: ¿qué va a ser del imperio soviético? ¿Y cuál será el destino de Rusia?

Este interrogante es también el de Alexandre Solzhenitsyn. En un pequeño libro aparecido en 1990 con el título explícito de *Cómo reorganizar Rusia*, el escritor ruso observa: «El reloj del comunismo ha dado todas las horas. Pero el edificio de hormigón no se ha derrumbado. Y habría que evitar que en lugar de salir libres, perezamos aplastados por sus escombros» (1). Con su mente aguzada por la meditación, el sufrimiento y la experiencia, Solzhenitsyn sabe que los efectos del comunismo se sentirán todavía durante mucho tiempo. Ya que es preciso reconstruir el país, es conveniente indicar lo más pronto posible los principios que a su juicio son necesarios.

(1) Alexandre SOLJÉNITSYNE, *Comment réaménager notre Russie? Réflexions dans la mesure de mes forces*, París, Fayard, 1990, pág. 7.

2. Un gran grito

Durante la primavera y el verano de 1990 puso manos a la obra. A partir del 18 de septiembre de ese año sus reflexiones aparecieron en dos publicaciones rusas. El mes siguiente salieron en Francia tituladas *Comment réaménager notre Russie? Reflexions dans la mesure de mes forces*. El título en su simplicidad no debe equivocar. Solzhenitsyn es consciente del alcance de su ensayo. A su mujer, su primera y mejor colaboradora, le dice: «Hemos conseguido una gran cosa. Hemos clavado clavos que será muy difícil sacarlos. Pero prepárate, oiremos un gran grito» (2). ¿Exageración del autor sobre la importancia de su ensayo?

3. Un ensayo discutible

Debido a su género este libro puede, en efecto, prescribirse a la discusión. Se trata de un ensayo, de una reflexión en una materia, la organización política, sujeta a opiniones diferentes, incluso opuestas. Para los antiguos, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, la política que es al mismo tiempo una ciencia en cuanto a sus principios y un arte en cuanto a su aplicación, corresponde en este último caso al dominio del juicio prudencial y de lo que es verdadero, no siempre (*semper*) pero en la mayoría de los casos (*ut in pluribus*). De hecho las 118 páginas de *Cómo reorganizar Rusia*, van a suscitar reacciones asombrosas. En *Libération*, por ejemplo, el filósofo Bernard-Henry Lévy declara enfáticamente: «Solzhenitsyn nos recuerda que él también ha elegido su campo. Rusia contra Occidente. La Nación contra lo Universal... Elige decirnos que el comunismo no ha sido para él más que otra figura entre otras –aunque monstruosa– de la depravación occidental y que, fallecido el comunismo, permanece la depravación [...]. No es recuperable: Adiós Solzhenitsyn» (3).

(2) Lioudmila SARASKINA, *Alexandre Soljénitsyne*, París, Fayard, 2010, pág. 813.

(3) *Libération*, 26 de septiembre de 1990.

Sin embargo, unos años antes, en su célebre ensayo, *La barbarie con rostro humano* (1977), el inspirador de los «nuevos filósofos», se mostraba algo más grandilocuente: «Solzhenitsyn es el Shakespeare de nuestra época, el único que ha sabido presentar los monstruos, que ha obligado a ver el horror, que ha forzado a determinar el Mal. También nuestro Dante, porque tiene, del poeta, ese fabuloso poder de convertir en imágenes y mitos lo que escapa por naturaleza al análisis y al concepto. Era necesaria una *Divina comedia* para representar el infierno moderno del Gulag, del que traza, de un libro a otro, la atroz fotografía» (4).

Para Bernard-Henri Lévy, *Cómo reorganizar Rusia*, pequeño libro casi circunstancial –el derrumbe del bloque soviético– manifiesta una ruptura tal que, de aquí en adelante, es necesario decir clara y públicamente «adiós a Solzhenitsyn». Esta ruptura era lógica. A parte del rechazo del comunismo, no había nada común entre el antiguo *zek* y el intelectual de Saint-Germain-des-Près. Y es muy probable que incluso su crítica al comunismo no se base en los mismos presupuestos.

4. El crimen de anti moderno

¿Pero qué reprocha exactamente Bernard-Henri Lévy al escritor ruso? Romper con una determinada idea de universal, es decir de romper con las Luces y con la Revolución francesa (Solzhenitsyn lo dirá en su célebre discurso en la Vendea). En una palabra, haber establecido un lazo de unión entre el comunismo y la modernidad y, al condenar el primero, rechazar la segunda. Bernard-Henri Lévy no se equivoca del todo. De hecho, Solzhenitsyn realiza una ruptura con el universalismo de la modernidad, el que considera al hombre como un ser abstracto, al margen de todas las condiciones particulares y de todo arraigo.

Con esta idea, Solzhenitsyn rastrea rápidamente la génesis al tiempo que liga los males del globalismo a la modernidad: «Hace cinco siglos el humanismo se dejó arrastrar por

(4) Bernard-Henri LÉVY, *La barbarie à visage humain*, París, Grasset, 1977. Ver el último capítulo.

un proyecto seductor: tomar prestado del cristianismo sus luminosas ideas, su sentido del bien, su simpatía respecto a los oprimidos y a los menesterosos, su afirmación de la voluntad libre de cada ser humano, pero... intentando prescindir del Creador del Universo. Y el proyecto parece haber triunfado. Un siglo tras otro, el humanismo se ha impuesto en el mundo como un movimiento humano y magnánimo y, en ciertos casos, ha conseguido suavizar el mal y las crueldades de la Historia. Sin embargo, en el siglo XX, hornos llenos de crueldades extremas explotaron dos veces: la Primera y la Segunda guerras mundiales. No le quedaban al humanismo más que dos posibilidades: bien reconocer su impotencia y bajar los brazos, bien levantarse con nuevos esfuerzos hasta un nuevo nivel. Y en medio del siglo XX, el humanismo ha aparecido bajo un contorno nuevo, el globalismo prometedor» (5).

Estas palabras, pronunciadas en un lugar simbólico, la embajada de Francia en Moscú el 13 de diciembre de 2000, va aún más lejos al insistir en los lazos genéticos entre el comunismo y el liberalismo: «En esta época, me acuerdo, los bolcheviques anunciaban literalmente: *Nosotros, los comunistas, somos los únicos verdaderos humanistas*. No, esas inteligencias eminentes no estaban tan ciegas, se emocionaban esperando resonar las ideas comunistas, ya que sentían, eran conscientes del parentesco genético entre ellas. Es del siglo de las Luces de dónde surgen las raíces comunes del liberalismo, del socialismo y del comunismo. Por eso, en todos los países, los socialistas no mostraron ninguna firmeza frente a los comunistas: justamente, pues veían en ellos hermanos ideológicos o primos hermanos o, al menos, primos de segundo grado. Por esas mismas razones los liberales se han mostrado siempre pusilánimes frente al comunismo: sus raíces ideológicas seculares eran comunes» (6).

5. Dos consecuencias

Esta ruptura con la modernidad tiene consecuencias políticas en Solzhenitsyn. Al menos se pueden deducir dos. En

(5) Cfr. [hups//www.asmp.fr/prix_fondations/grand_prix_aca_2000.htm](https://www.asmp.fr/prix_fondations/grand_prix_aca_2000.htm)

(6) *Ibid.*

primer lugar, la rápida reafirmación de la primacía del bien común temporal y, a continuación, otra concepción de la democracia.

En el primer aspecto, Solzhenitsyn insiste en el hecho de que no hay equivalencia entre la democracia y el respeto de la persona. Esta puede existir fuera de un régimen denominado democrático. Va incluso más lejos al indicar que el bien común temporal prima sobre el de la persona. A su juicio, existen situaciones, por ejemplo, dónde el conflicto entre la «seguridad nacional» y el respeto de los derechos del hombre se debe resolverse en beneficio de la primera. El bien de todos es superior al bien de la parte, sin que por ello se caiga en la apología de la «razón de Estado», pues la concepción política de Solzhenitsyn remite a poderes descentralizados y representativos de los intereses locales y profesionales.

No se puede, en efecto, disociar su visión de la primacía del todo sobre la parte de su concepción de la democracia, absolutamente diferente, es cierto, de la democracia liberal de tipo occidental. Por su parte preconiza una «democracia de los pequeños espacios», apoyada en el principio de subsidiariedad. Se podría decir que se trata de una democracia que se podría llamar orgánica, en la medida en que los diferentes elementos del cuerpo social (familias, municipios, provincias, corporaciones profesionales), en una palabra, los cuerpos intermedios, constituyen los verdaderos componentes fundamentales, mientras que, aunque de modo diferente, las democracias occidentales consideran esencialmente al individuo como la célula básica de la sociedad y su fin.

6. La concepción liberal

Para cierta concepción liberal el Estado es esencialmente un aparato exterior a la sociedad. En consecuencia, dos únicas entidades se enfrentan en todos los sentidos del término: el individuo y el Estado. La partida es desigual y responde fundamentalmente a una visión pesimista de la política. Se la considera como un mal que hay que soportar y cuyo fin es evitar que abrumen con prohibiciones al individuo. Estamos lejos de la idea aristotélica de la política como la primera de

las ciencias prácticas, destinada a favorecer el bien común y la amistad política.

En la concepción orgánica de la sociedad que tiene Solzhenitsyn subyace la idea clásica de la democracia. Es decir, es un régimen entre otros con cualidades y defectos. Por este hecho rompe radicalmente con la visión moderna de la democracia como ideología y universalismo de sustitución al cristianismo. Su modelo de «democracia de los pequeños espacios», es decir, de una democracia que se ejerce en el escalón local, regional, provincial y en las asociaciones profesionales, se acerca a la concepción del «régimen mixto» de Santo Tomás de Aquino, que mezcla orgánicamente, según condiciones de tiempo y espacio, los tres grandes tipos de régimen (monarquía, aristocracia y democracia).

Por otra parte, Solzhenitsyn lo evoca claramente en *Cómo reorganizar Rusia* después de haber recordado la distinción clásica de los tres regímenes. Si no recurre a Santo Tomás de Aquino, atribuye la idea del «régimen mixto» a Aristóteles. «Es la razón, escribe, por la que el gobierno comporta inevitablemente una parte de aristocracia e, incluso, de monarquía» (7). Por su parte formaliza este tipo de «régimen mixto» al evocar la idea de un «sistema conjunto de gobierno», «conjunción razonable de la acción ejercida por la burocracia centralizada y por las fuerzas sociales» (8). Muy desconfiado con las pasiones que se desatan durante las campañas electorales y con el agotamiento que producen en lugar de buscar el bien común, Solzhenitsyn rompe una vez más con el individualismo democrático moderno. Los candidatos a la presidencia deben ser elegidos según criterios bien precisos por el «Gran consejo de los Zemstvos» (asambleas locales típicamente rusas, que recurren al sufragio) y, a continuación, podrán presentarse a la elección por los ciudadanos. Si el elegido al final de su mandato ha satisfecho a la mayoría del «Gran consejo de los Zemstvos» no hay motivo, según Solzhenitsyn, para recurrir a una nueva elección (9). Lejos de la concepción socialista y moderna de un gobierno que se

(7) *Comment réaménager notre Russie?*, pág. 91.

(8) *Ibid.*, pág. 100.

(9) *Ibid.*, pág. 103.

encarga de todos los ámbitos de la vida humana, el régimen necesario para Rusia, a juicio de Solzhenitsyn, se basa en una concepción descentralizada de la sociedad, pero también en la distinción no jacobina entre gobierno y administración.

7. Gobernar o administrar

En Francia, un Henri Charlier, por ejemplo, desarrolló con claridad esta idea al explicar en numerosas ocasiones: «Un Estado que quiere poder gobernar debe contentarse con ser el árbitro entre ciudadanos que se administran libremente; la inextricable mezcla de gobierno y de administración es la plaga de los Estados modernos [...]. La buena administración consiste en establecer las reglas más sencillas y las más generales; son las menos costosas, las más seguras, también, para el control del funcionariado» (10). Al contrario, «un buen gobierno debe favorecer todas las iniciativas, individuales, municipales, provinciales. Volverlas hacia el bien común es su verdadera función» (11).

Este pensamiento clásico necesita una sociedad en buen estado –lo que manifestamente no es el caso de Rusia saliendo del comunismo– y exige un esfuerzo de re-arraigo concebido, con Simone Weil, como «la necesidad más importante y la más ignorada del alma humana». ¿La relación con la política? Según la filósofa francesa: «Un ser humano tiene una raíz, por su participación real, activa y natural con la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertas expectativas de futuro. Participación natural, es decir, impulsada automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el ambiente. Cada ser humano necesita múltiples raíces. Necesita recibir la casi totalidad de su vida moral, intelectual, espiritual, por intermedio del ambiente del que naturalmente forma parte» (12).

(10) Henri CHARLIER, *La réforme politique*, Bouère, DMM, 1997, pág. 13.

(11) *Ibid.*, pág. 15.

(12) Simone WEIL, *L'enracinement. Prélude à une Déclaration des obligations envers l'être humain*, París, Gallimard, 1990.